

AMÉRICA

A DON ALEJANDRO ARANGO Y ESCANDON

(Leída en la sesión inaugural del Ateneo)

SUS miembros de amazona en dos océanos
Baña morena vírgen de Occidente:
Los ardores del sol templa en su frente
La diadema glacial del Septentrion;
Y á su pié, que al austral polo dilata,
Y el giganteo Patagon ocupa,
Como escabel magnífico se agrupa
De la tierra del fuego la extension.

Héla aquí con sus altos cocoteros,
Con sus viejos sabinos colosales
A cuya sombra zumban altaneros
Despeñándose roncós los raudales;
Con sus montes altivos que apuntalan
El cielo azul con espirales rocas,
O columnas de llamas y humo exhalan
De los volcanes por las blancas bocas.
Sobre ellos iracundos se desgajan,
En bronco son los huracanes roncós:
Las peñas de su asiento desencajan,
Y el rayo rasga los vetustos troncos;
Y de ellos se desprenden rugidoras
De agudos riscos en el largo lecho,
Las blancas cataratas hervidoras
Que hallan el cauce á su torrente estrecho,

POESIAS

Y rugiendo entre rocas y entre brumas,
Al seco són del estallante trueno
Sacuden por los aires sus espumas,
Como un caballo á quien reprime el freno.

Asoma el sol tras de la nube parda:
De sus rayos la ardiente cabellera
Soberbio agita, y en lanzar no tarda
Su fuego sufocante por la esfera.

Del plátano á la sombra sonora,
Bajo el dosel del trémulo ramaje,
Adereza su flecha venenosa,

Su penacho de plumas el salvaje:

Y su amada peinándose el cabello,
Del arroyo en el onda atenta mira
Cuál tiembla á par del onda el rostro bello,
Crece, se borra, vuelve y se retira.

Y en torno del Sachem hospitalario
Danzan libres las gentes descuidadas,
En la alfombra del bosque cinerario
Y al compás del bramar de las cascadas.

Miéntras tiene en la atmósfera la noche
Su cabello de nieblas desparcido,
Hay flor que goza en su cerrado broche
Del amor de un insecto en él prendido:

Así el salvaje tras feliz fatiga
Se acoge de su amante al nudo pecho;
Y ella con franca libertad, le abriga
De no aprendido amor en cerco estrecho.

¡Virgen de la creacion! Son tus placeres
Ardientes, como el sol que se desploma
En la morena tez de tus mujeres,
En donde el gérmen del deleite asoma.

¡Tierra de libertad, do el pensamiento
Párte y vuela, cual flecha del salvaje,
Rápido, libre por el libre viento,
Hasta romper del cielo el cortinaje;

Donde el hombre es un rey, y donde mata
La fiera ó ave que al festin destina,

Y con el dardo que al carcax desata
 Toda pujanza á rendimiento inclina;
 Do la sangrienta piel de los leones,
 Y las plumas del águila altanera
 Dan al guerrero túnica y blasones,
 Y penacho á su basta cabellera!
 ¡Gigante de los mundos! yo cantara
 Tu inmensa mole y tu fecundo seno,
 Si de mi arpa el concento resonara
 Como són de huracan, cual voz de trueno:
 Si en la alta cumbre de tus pardos montes
 Rota á mis piés, la tempestad me hablase,
 Y sobre tus inmensos horizontes
 Mi pensamiento colosal se alzase.
 Ah! con tanta grandeza engrandecido
 Buscara al Creador, le encontraria,
 Y en su seno de amor, de amor henchido,
 Como águila en el sol se perderia!

—
 No le hallara en las obras de los hombres,
 No; que la flor de las ruinas brota
 Entre las grietas de muralla rota. . . .
 ¡Dó los colosos del Egipto están?
 Cayeron las columnas de la Grecia;
 Sobre ellas fuma indiferente el turco;
 Y en las piedras del templo un hondo surco
 Del genízaro marca el yatagan.

Entre severos monumentos, Roma
 Que aun oye el paso del corcel de Atila,
 Cual Mesalina en la vejez, vacila
 Cabe el sepulcro do se hundió su ayer.
 Vedla asida con brazos descarnados
 A la fúlgida cruz del cristianismo;
 Pendiente sobre el cráter del abismo,
 Bajo su peso próxima á caer!

De Dios el nombre en las eternas brisas,
 Del Nuevo-Mundo en los desiertos suena:
 Lanza ÉL su carro por el aire, y truena
 En los ecos del monte su rumor.

A su paso revientan los volcanes;
 Los profundos espacios se iluminan,
 Y las humildes palmas se le inclinan
 En señal de respeto y de temor.

El búfalo que duerme en las sabáñas
 Despierta y se alza; al levantarse, treme
 Bajo sus piés la tierra, escucha, teme,
 Conoce á Dios y tórnase á acostar.

Sumergido en el agua el cocodrilo
 Asoma hácia el Poniente armada boca,
 Miétras los rios con violencia loca
 Delante del Señor corren al mar.

Y en las hojas de acuático nenúfar,
 En medio de los lagos transparentes,
 Silban en són discordes mil serpientes
 Cuyos ojos relumbran como el sol;
 En cuyas rojas, entreabiertas bocas
 Lenguas como candentes dardos mueven,
 Cuyos cuerpos se enlazan y remueven
 En torcido y vistoso caracol.

Todo revela á Dios: á la natura,
 Madre comun, el maternal cariño
 Confía el sueño del amado niño
 Cuya cuna suspende en un saúz.

La brisa, aliento del Eterno, le habla
 Idioma de misterios que él entiende:
 La mirada de Dios sobre él descende,
 Y brota en torno un círculo de luz.

¡Monumentos sublimes do la mano
 Del Artífice eterno se descubre!

POESIAS

¡Caractéres gigantes do se encubre
Un arcano profundo y eternal!

Nada concibe la razon soberbia,
Y el salvaje ignorante los concibe;
Porque en su corazon una fe vive
Pura, como en las rocas el cristal.

Por eso, cuando al són de las tormentas
Que en diluvios de fuego y lluvia abortan,
En sus piraguas los salvajes cortan
Las ondas de unos lagos como el mar,

Suspenden en las popas de sus barcas
Los gratos *manitús*: así se entregan
Al sueño de la fe, y salvos llegan
A la orilla anhelada, al despertar.

Dadme esa vida errante que ilumina
La antorcha de la fe, sol del prodigio,
Cuyo sublime y místico prestigio
La soledad engrandeciera más:

Que aquí, de estéril duda por las sombras
A ciegas, siento el corazon herirse
Del dolor en la espina, sin abrirse
De la esperanza el pétalo jamas.

Dadme del Nuevo-Mundo, hijo postrero
Más amado de Dios, las soledades;
Léjos de esas ruidosas sociedades
Que se agitan del oro vil en pos.

Yo al sacudir sus miserables cadenas,
Busco la libertad, busco el espacio,
Y detrás de ese cielo de topacio,
Desde los altos montes, busco á Dios!

Libertad, poesía, hondos misterios
De ciencia y religion que en él hallara,
Con lágrimas de amor abandonara
De mi patria no más por un rineon.

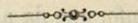
POESIAS

Grato sepulcro en tus entrañas de oro,
¡Oh América! pudieras ofrecermé;
Yo, empero, el pobre do mi estirpe duerme
Prefiriera á tu rico pantëon. . . .

Tregua al dolor, que á sofocar empieza
Mi cancion con el llanto que derrama:
De mi patria despues, solo á tí te ama
Mi corazon de bardo y de español.

Porque jamas olvidaré que pudo
Mi alma, con tu grandeza engrandecida,
En el seno de Dios, de amor henchida,
Perderse como una águila en el sol!

Febrero 25 de 1844.



SONETO

EL sanguinario monstruo de la guerra
Doquiera ejerce su implacable saña:
Toda social virtud su aliento empaña,
Y, atento á la venganza, al mal se aferra.

Recorre el fácil valle y la ardua sierra:
La industria borra, y el trabajo extraña;
Y en llama y sangre, en luto y llanto baña
La ántes feraz, agora estéril tierra.

Al fin el monstruo su pendon tremola,
De orgullo henchido y de feroz contento,
Sobre huesos y escombros y ceniza;

Mientras en el Norte helado se oye sola
Carcajada de triunfo, que da al viento
Sajon pirata que el incendio atiza.

Marzo 1860.



A MÉXICO

—
ODA
—

A DON JOSÉ MARIA ROA BÁRCENA

TU, cuya frente se remonta al cielo
Émula de sus grandes luminares,
De perdurable hielo
Circundada con nítida corona,
Morena Vénus de la indiana zona,
Salida de la espuma de dos mares;
Oye la voz de agradecido bardo
Que por bella é infeliz, dos veces te ama:
Quizás, cual del cansancio olvido pone
Sombra de fresno en caluroso Junio,
El himno rudo que mi amor entone
Breve espacio suspenda tu infortunio.
¡Ojalá que del vate el sacrificio
Tornase el cielo á tu anhelar propicio!

—
Con qué grandiosa majestad ostenta
De hermosura y poder la doble pompa
Natura aquí risueña y opulenta!
En breve espacio abarca
De opuestas zonas los distantes climas;
Desde la baja, tórrida comarca
Que con lengua salobre el ponto adula,
Hasta la alta region en cuyas cimas,
Escollo á los marinos huracanes,
Coronadas de témpanos de hielo

POESIAS

Llevan hasta las márgenes del cielo
Sus multiformes crestas los volcanes.

De ellos las aguas límpidas descienden
Que en frescas ondas la planicie inundan :
Las fértiles cañadas do se extienden,
Los anchos valles que al pasar fecundan,
Tapizan flores de carmin y gualda,
Praderas de esmeralda,
Mieses de dulce caña ó rubia espiga,
Las plantas todas que en perenne Mayo
El suelo de los trópicos prodiga.

En las regiones donde eterno estío
El vigor de su aliento desparrama,
Y apénas el aljófár del rocío
Consiente al alba en la menuda grama,
Con ardoroso arrullo
Las auras lisonjeras
Halagan el orgullo
De plátanos y cocos y palmeras.
Allí, por entre ovals
Hojas, blanco algodón rompe el capullo
En copos desiguales :
Encorvados nopales
Los insectos preciosos atesoran,
Que de Tiro la púrpura mejoran :
Del café mas allá verdes arbustos
Las habas insomníferas despliegan,
De copudos naranjos á la sombra
Que en azahar y aroma el campo anegan ;
Y más léjos, más léjos, los manglares
Do alimañas innúmeras se esconden,
Con solemne murmurio corresponden
Al compasado estruendo de los mares.

En las altas regiones
Do flores y perfumes primavera

POESIAS

Esparce con hartura,
O el otoño sus medros
En profusion mas útil asegura,
Se empinan aromáticos los cedros ;
Cano vegeta el secular sabino ;
Casi en la árida linde
De las nieves eternas, crece y rinde
Sus toscas piñas resinoso pino ;
Y en ricas vegas, en desnudos montes,
En selvas que no pisa humana planta,
Cercada de admirables horizontes
Natura un himno de victoria canta.

¿Quién la infinita variedad dijera
De aves de extraña voz, raro plumaje ?
Ya alegran con gorjeos la pradera ;
Ya en graznido salvaje
Entristecen el eco en la montaña ;
Ya en la quietud nocturna
Y donde mas el bosque se enmaraña,
Cascadas de armonía
El mexicano raiseñor envía :
Se espacian por el flúido elemento,
Se albergan en la rústica floresta
Desde la flor volátil, á quien iris
Su vívido matiz amante presta
Y el cáliz de los mirtos alimento,
Hasta el águila audaz que se remonta
A la última esfera sin desmayo,
Y cuya vista perspicaz afronta
Del sol la llama y el fulgor del rayo.

Albean por los valles los ganados
No siempre al lobo astuto defendidos :
Por las agrestes quiebras
Saltan con grave susto los venados
Del rumor de una yerba sorprendidos,
Suspícales de horrisonas culebras :

POESIAS

La frente armada torna
 El toro resoplando con fiereza,
 Al jaguar que en pintada piel se adorna
 Y le acecha ó le asalta en la maleza;
 Y el salvaje corcel lánzase altivo
 Por monte y por llanura;
 Tiende la crin al aire fugitivo,
 El cuello enarca, y respirando fuego
 Por el ancha nariz y abierta boca,
 En rápida carrera el suelo oprime
 Con duro casco y arrogancia loca.
 Así de libertad el gozo exprime,
 Y en su indómito brío y gallardía
 La pujanza del hombre desafia.

Con ímpetu mayor llevan los ríos—
 Arterias de los vastos continentes—
 Por ásperas quebradas y bajíos
 A los remotos mares sus corrientes.
 Suelen por los estíos
 Romper bramando el cáuce dilatado
 Cuando, al fragor de ríspida tormenta,
 De las tardes el lóbrego nublado
 En diluvios revienta.
 Troncos, puentes y rocas arrancadas
 Irritan más su empuje,
 Y al estridor de altísimas cascadas,
 Cóncavo el eco de los montes ruje.

Miéntras en tersos lagos, casi mares,
 Hallan plácido asilo
 Las acuáticas aves á millares,
 Y en su piragua el pescador tranquilo.
 Retrátanse en las ondas placenteras
 Agaves que en simétricas hileras
 Erizan las estériles colinas;
 Los caseríos blancos
 Que, á orillas de fértiles barrancos,

POESIAS

Salpican las montañas convecinas;
 El cielo azul, y entre neblinas leves
 De los volcanes las perpetuas nieves.

Los volcanes!! En ellos de natura
 Con más sólida gloria se atestiguan
 El poder, la hermosura.
 Un tiempo en convulsiones horrorosas
 Sus moles se agitaron;
 En columnas al cielo vomitaron
 Llamas bituminosas:
 En raudales de lava, de los montes
 La vacilante forma se envolvía:
 Los amplios horizontes
 La arrojada ceniza recorria;
 Y aumentando el horror del cataclismo,
 Mugian cielo y mar, tierra y abismo.

Piadoso el curso de los siglos pudo
 Del subterráneo piélagos de fuego
 Serenar el inquieto hervor sañudo.
 Mas abiertos los cráteres quedaron,
 Como fáuces de monstruo: allí respira
 La profunda voráGINE que encierra
 El eléctrico incendio que aun trabaja
 Las vísceras gigantes de la tierra.
 Las nubes los coronan
 Que atrae sin cesar la ingente cumbre:
 El huracan allí prorumpe bronco,
 Allí prende el relámpago su lumbre,
 Allí estrena su voz el trueno ronco;
 Y del horno en que yacen
 En quieta combustion lavas candentes,
 Los terremotos nacen
 Que sacuden los vastos continentes.
 El suelo trepidante bambolea;
 La erguida torre en el espacio ondea;
 Quebrántase el fortísimo cimiento;

De pavor enmudece la natura,
Y la oracion de pálida criatura
Sube llorosa en vano al firmamento.

En el lóbrego centro de la tierra,
Opresa en muros de luciente roca,
La rica vena de metal se encierra,
Que la codicia sórdida provoca.

En vano de sus hilos ramifica
La extensa red del orbe en las entrañas,
Y á resguardarla, el tiempo multiplica
De basalto y de pórvido montañas.

Atrevido, tenaz, sediento de oro,
Bárbaro el hombre las taladra ó hiende;
Allí busca el magnífico tesoro
Y con ávidos ojos le sorprende.

Recorre insomne, escuálido y desnudo
La cóncava extension de aquella tumba
Que, del férreo martillo al golpe rudo
O al trueno de la pólvora, retumba.

Salta el peñasco y vuela con estruendo:
El agua por las grietas se destaca;
Y entre humeante vapor, del antro horrendo
La confusion alumbrá antorcha opaca.

Ni peligro, ni sueño, ni fatiga
Arredra al hombre, ó su codicia doma;
Y aun salir del sepulcro que le abriga
Duda, si el grave techo se desploma.

Así bajo la inmensa pesadumbre
Tal vez perece en congojoso duelo,
Sin que, al morir, la fugitiva lumbre
Hallen sus ojos del radiante cielo!

Purísimo el de Anáhuac
Sobre el risueño panorama esplende,
Como digna corona
Con que la régia sien orna y defiende
La indiana matrona.

Ya ostente el suave albor del nuevo día,
Ya la espléndida llama del sol que arde
En el alto zenit, ya la que envía
Modesta claridad pálida tarde;
¡Qué trasparente, límpido y sereno
Muestra el cóncavo seno,
Lago inmóvil de nítido zafiro,
De diáfano cristal bóveda inmensa!
¡Cuál la vívida luz, que en rauda giro
Por las ondas del éter flota extensa,
Ténue suaviza el interpuesto ambiente!
¡En cuál arrobamiento el alma sube
A Dios por esta cúpula luciente,
Templo de claridad que ama el querube,
Atrio de las mansiones del Potente!
Como polvo de fúlgidos topacios,
Estrellas se derraman
De la bóveda azul por los espacios;
O bien la luna, que los tristes aman,
Navega en los silencios del vacío,
Émula del gran astro que refleja,
Cuya ígnea guedeja
Trasmuta en rayo delicioso y frío!

¡Cuántos de alta beldad nobles tesoros,
Reina infeliz del Septentrion, adunas
En valles y montañas,
En ríos y lagunas,
En tus ricas entrañas,
En tus climas y cielo sin segundo
Que el cetro de belleza te confirman
Entre las zonas del extenso mundo!

¡Por qué tanto primor, perseverante
Soplo de adversidad aja y desdora?
¡Por qué tu prole exánime, sentada
Del infortunio en las tinieblas llora?
¡Por qué, cuando mas grandes

Tu hermosura y riqueza resplandecen
 Que las ingentes moles de tus Andes,
 En la desgracia ó la inquietud perecen
 Tras de afanes prolijos,
 Impotentes ó míseros tus hijos?

Justo y noble, aspirando á vida propia,
 Erigirse en nacion. Pero ¡ay del pueblo
 Que de ambiciosos ruines larga copia,
 Bisoño en libertad, alza y derriba!
 ¡Ay si con maña activa,
 De prósperos ejemplos al halago,
 Extranjero interes pérfido siembra
 Lenta zizaña de seguro estrago!
 Rompes el cetro de lejanos reyes;
 A los ídolos nuevos sacrificas
 Costumbres sóbrias y severas leyes;
 Ya libre, el juvenil ardor duplicas:
 Empero la discordia, sacudiendo
 Sus cabellos de víboras, convoca
 Los monstruos de la guerra en grito horrendo;
 Lid fratricida sin piedad provoca,
 Y con agudo estruendo,
 De hambre y peste entre pálidos vestiglos,
 El bélico clarín llena los campos
 Do con rara constancia,
 Cual de Saturno en los dorados siglos,
 Tres reinaron la paz y la abundancia.
 ¡Así de inexperiencia amargo fruto
 La malograda juventud cosecha!
 ¡Feliz, si la esperanza en tanto luto
 Su fecunda raíz no halla deshecha!

De tus vastos confines en lo espeso
 Cauteloso deslízase el salvaje:
 De su macana al formidable peso,
 De su traidora flecha al raudo silbo,
 De su alarido al oprobioso ultraje,

Tímidos ya sucumben
 Los choznos de los héroes, que la raza
 Bárbara del desierto domeñaron
 Con la cruz, con la esteva y con la maza.
 Sus términos dilata en tus fronteras,
 Precedida de estragos, la barbarie:
 Los pasos de natura creadora
 No endereza solícito el cultivo;
 Robusta, triunfadora,
 Se propaga la rústica maleza
 Donde ántes rubia mies ó verde olivo;
 En donde pueblos hubo, hay aspereza
 De escombros sepultados bajo espinas,
 Y el áspero nopal torcido crece,
 Y el taciturno buho se guarece
 Del viejo templo entre las pardas ruinas.
 Mientras en las brumas de hiperbórea playa
 El pirata del Norte apresta el lino
 De las altivas naos, codicioso
 De amarrar á su remo tu destino.

Vence por fin. . . ¡oh mengua! ¡Y así humilla
 Linaje de orgullosos mercaderes
 La noble descendencia de Castilla?
 Sucumbe así del áspid al veneno
 Leon dormido en la africana orilla.
 Despues no en torpe guerra
 Indigna de memoria,
 El corsario sajón roba tu tierra.
 No: á precio de vil oro,
 Que del siglo venal es arma y gloria,
 Tus provincias adquiere y tu desdoro.
 Con amistosos brazos el gigante
 Rodea y acaricia tu hermosura:
 Mañana, en su codicia devorante,
 Comprimirán tu mórbida cintura
 Y quedarás en ellos espirante.
 Tal en las selvas tímido venado

POESIAS

Cáe en lazo de boa corpulento,
Y en el horrible nudo aprisionado,
Forceja y rinde el postrimer aliento.

Vuelve ¡oh México! en tí, que del abismo
Duermes incauta al resbaloso borde:
No más del interes y el egoismo
La envenenada copa se desborde.
El valor, la virtud, el heroismo
De tu stirpe recuerda, la alta gloria
Con que del tiempo y del olvido triunfa
Su claro nombre en la severa historia.
Nunca, vástago real del tronco hispano,
Tu noble origen ni su ejemplo olvides:
Con ánimo y esfuerzo sobrehumano
El hierro blande en las gloriosas lides;
Y si del hado en el ignoto arcano
Es ley que cedas tras sangrienta lucha
Al número, á la astucia, á la perfidia,
La voz solemne del honor escucha
Y hasta caer en el sepulcro lidia.

Si benigno acogiera
Mis votos el Señor, á cuyo arbitrio
Los tronos sublimados caén rotos,
Surgen á dominar pueblos humildes,
Brotan y se hunden déspotas violentos,
Rudos tribunos, razas ó naciones,
Todos de sus designios instrumentos;
La paz, la libertad, gloria y ventura
Tus ámbitos risueños morarian:
Los campos que hora yerma el amargura
En feraz plenitud florecerian;
Y en hosannas de júbilo, las várias
Del mundo de Colon gentiles zonas
A tu justo poder rindieran párias,
Como á tu gran beldad rinden coronas.

TAL AGRAVIO TAL VENGANZA

ROMANCE

Porque el que supo el agravio
Solo la venganza sepa,
.....
Porque secreta venganza
Requiere secreta ofensa.

CALDERON.

I

OBREGA, señor, la noche
Nos entolda el patrio cielo.—
Aun es demasiado clara
Para alumbrar mi tormento;
Pues hay donde quier hogueras
Cuyos brillantes destellos
Animan el bullicioso
Regocijo de este pueblo.
Acaso de mi esperanza
Presagian el sol sereno;
O tal vez me pronostican
De mi venganza el incendio!—
Nuevas fatales, Don Juan,
A Sevilla nos trajeron,
Y alborozos y festines
Nos hacen recebimiento:
Pero el astro que buscais,
Segun lo oscuro del cielo,
Que esté ya en total eclipse
Para vos, mucho me temo.
Dizque cuando aquí anochece
Alborea en otro suelo: